



1er Lugar

2º CONCURSO
“ELABORACIÓN
DE OBRAS LITERARIAS”

Título de la obra:

El Último lugar feliz

Autor:

Dara Itzel Sánchez Gómez



Derechos reservados:

Universidad de Guanajuato/ Red UNITWIN, Cátedra
UNESCO en Lectura y Escritura para América Latina



Colegio del Nivel
Medio Superior

CÁTEDRA UNESCO
para la lectura y la escritura

FOMENTO DE
PRACTICAS LECTORAS
unesco
Red UNITWIN Cátedra UNESCO en
Lectura y Escritura para América Latina





El último lugar feliz

Dara Itzel Sánchez Gómez

OCTUBRE 2023



Colegio del Nivel
Medio Superior



CÁTEDRA UNESCO

para la lectura y la escritura



Red UNITWIN Cátedra UNESCO en

Lectura y Escritura para América Latina



FOMENTO DE

PRÁCTICAS LECTORAS

“LEER PARA TRANSFORMARME”



Derechos reservados:
Dara I.S. Gómez



Colegio del Nivel
Medio Superior



Red UNITWIN Cátedra UNESCO en
Lectura y Escritura para América Latina





El último lugar feliz

El mundo parece siempre más callado cuando la muerte ha caminado cerca; su mera presencia acalla cualquier rastro de vida. En este momento el silencio se asentó en uno de los pocos lugares donde las risas aún pueden oírse. El tremendo infortunio fue presenciado por la última rueda de la fortuna por existir, ahora llena de pétreos cadáveres.

Un hombre de abrigo azul se acerca, y con un solo vistazo adivina que ocurrió. Todos disfrutaban las vueltas sin fin, cubriéndose del penetrante frío que silva entre las hojas de los inmensos árboles adyacentes. Carcajadas y risas sin parar, y ante la inocente diversión una nebulosa tóxica se instaló. Pronto la alegría fue reemplazada por toses, refugios desesperados hechos de mangas y bufandas brotaron de todas partes, y la confusión se instaló. Pies y pisadas sentían los desafortunados que en la huida sucumbieron, y más temprano que tarde sucumbirían una segunda vez, junto con la tanda de malaventurados atascados en la cima. Tomaron un último, errático aliento, y después, nada.

Otro hombre, joven esta vez, dibujaba a ínfimo detalle la escena en un trozo de basura encontrado, concentrado en su única tarea para poder después desviar la mirada y olvidarse de esto, de todo.

-Listo. -anuncia con impaciencia el valiente dibujante, sin atreverse a dar ni otra ojeada.
-Pide a los caballeros que lleven a cada uno a la aldea para que los identifiquen. - echa una mirada final a la trágica escena, y da una media vuelta dirigida a la inmensidad vaga del bosque.
-Es lo menos que merecen.

Parten por sus propios caminos, opuestos, y el hombre de abrigo azul desaparece entre los pliegues del propio, transportándose en un torrencial de tela y puertas hasta encontrar la que busca.

-Adelante. -invita sin ganas un hombre calvo, sosteniendo la puerta metálica abierta para que el hombre la atraviese, a solo dos instantes de su arribo. La cierra bruscamente tras de sí, para volver a asegurarse que nadie más pase.

Este pequeño rincón del mundo es uno de los pocos bendecidos con la belleza del conocimiento y la naturaleza. Las cinco paredes están empapeladas con flores y





lianás, provenientes de quien sabe dónde, pues no hay ni una ventana a la vista. Aun así, parece que todo ha sido tocado con un dorado rayo de luz que no deja una sola esquina de oscuridad. Libros recubren cada librero, de todas formas y tamaños, con toda clase de mundos entre sus tapas, y las pilas acumuladas en el suelo apenas y dejan camino por el que pasar. Mesas de curiosos artilugios se esparcen por la habitación; unos pocos emiten humo, otros se mueven perpetuamente, y los más extraños requieren una mano humana para activarse. Este conjunto de objetos forma el mundo personal del jefe, y han visto un innumerables de peleas, discusiones y tardías conversaciones, a menudo acompañadas de pomos vacíos y lágrimas de tristeza.

-¿Cómo crees que ocurrió, huh? ¿Un aldeano abrió una lata por curiosidad y mató a veinte personas? ¡Inconcebible! -repitió el hombre del abrigo por lo que sentía era la milésima ocasión.

-¡Los aviones ya no existen! ¡No ha volado uno en décadas! -gritó casi afónico el Jefe, cansado de gritar datos y razones para ocultar sus miedos, para que no se volvieran reales. Continuaron y continuaron hasta quedar desparramados en el suelo, inconsolables ante dos hechos: su trabajo era salvar al mundo, y este estaba por ser destruido.

Desaparecido nuevamente entre sus pliegues, el hombre terminó su trabajo en un sombrío estupor. Las ganas de sonreír estaban atrás, junto con los aldeanos, y ni el atardecer frente a sí lo animaría. Caminó unos metros hasta su comuna, para evitarse que sus compañeros lo vieran materializarse de la nada. Unos parces de tierra estaban cenizos de llamas ya extinguidas; en otros florecían flores salvajes y césped; otros se agrietaban de la poca agua que recibían, pero todos tenían algo en común; habían sido testigos de caos en exceso, y lo peor es que no lo sabían. Vaya suertudos. Saludó a sus compatriotas, que lo saludaban con alegría, pues sabían que él era uno de los pocos que podía volver las cosas a como eran antes; que bueno que no lo saben.

Llegó a la puerta de su casa, y sorteó sobre camas, cortinas que jugaban de paredes, mesitas, lámparas, libros y juguetes, y arribó a su habitación, donde procedió a retirar su sombrero y zapato, para despatarrarse sin obstáculos en su cama, y reflexionar. ¿Cómo habían atravesado sus defensas? ¿Cuándo? ¿Por qué insistían en burlarse de ellos? ¿Qué querrían en esta ocasión? ¿Cómo los detengo, cómo los detengo, cómo, cómo? La retahíla de problemas y soluciones manó como agua de una alta cascada, y pronto el agotamiento lo noqueó. No soñó esa noche, hace demasiadas noches que no lo hacía.





-¡Tío, tío! -llamó una nena, sentada en el pecho del hombre abrigado, que ahora solo estaba cubierto con una camisa. Al ver que no funcionaba su estrategia, cambió a saltar sobre su pecho y llamarlo por su nombre, hasta que consiguió que abriera los ojos.

-¡Pequeño diablillo! -dijo a forma de saludo matinal, y jugó con su pequeña sobrina hasta que su espalda cedió, y terminaron escondidos en el fuerte de almohadas y sábanas que la nena usaba a modo de habitación.

-¿Me cuentas la historia de cómo el mundo terminó así? - pidió ella cuando su tío parecía más meditabundo. Él salió de sus ideas para encontrarse con la amplia sonrisa de la niña, que lo manipulaba para que hiciera su voluntad, y él no se negaba seguido.

-Bien, ponte cómoda. -Se sentó en el regazo de su tío, se acunó en su pecho para escuchar el latido de su corazón; en su opinión, la mejor música. Sintió como el hombre le acariciaba gentilmente la cabeza, y a pesar de haber dormido y descansado, comenzó a sentir como sus párpados se hacían más pesados. -El hombre se ha creído siempre dueño del universo, no importa lo pequeña que sea su casa, y se creían de infinito poder. Tenían poco, muy poco, y recelaban de cualquiera que vieran como amenaza. Y, aun así, de algún modo u otro, los otros habitantes del planeta confiaban en este tipo de hombres para que les dijeran que hacer. Un buen día, cuando el mundo y la sociedad no podían estar mejor, uno de esos hombres gordos decidió que no le gustaba y comenzó a lanzar armas que terminaban con la vida de las personas. Agotó los recursos de su casa, llevó el desarrollo décadas y décadas hacia atrás, parando y decreciendo todo progreso. Él quería autómatas que hicieran lo que les dijera y toleraran sus caprichos, pero las personas sienten, y piensan. Esto los llevó a terminar con el mandato de ese hombre, y a ser felices por fin. Pero él no era el único. Más y más surgieron como epidemia, agentes del caos y la destrucción sin sentido solo para sentir que tienen algo de control. Se unieron y formaron una de las naciones más destructivos en la historia de la humanidad, que busca crear un mundo perfecto donde todos obedezcan y nadie sienta nada, pues los sentimientos llevan a acciones que puede terminar por arruinar su propia felicidad. Ahora, con la población diezmada y la sociedad a punto de sucumbir, quedamos unos pocos que pensamos que, con erudición y recrecía, podemos regresar al mundo a lo que un día fue, o mejor.

La pequeña aplaudió, a pesar de entender poco más de la mitad de aquella historia que tanto la había emocionado desde la primera vez. No comprendía que aquello no era ni remotamente ficción, sino su presente, pasado y futuro, y que los más probable es que estuvieran todos condenados, para siempre.





-Vayamos al parque, quiero ver a mis amigos. -No tomó mucho de sus ruegos convencer a su tío, pues adoraba ese crujiente, desmoronado y rostizado patio de juegos que los niños llamaban parque, donde importaba únicamente la imaginación. Se enfundó en su abrigo y a la pequeña en una chamarra para ayudar a combatir la helada mañana, y comenzaron a andar.

Con los juegos tan oxidados que al toque se caían y que no aguantaban el peso de los famélicos chiquillos, con el pasto tan seco que se incendiaba a altas temperaturas, sin un solo aparato que los llenara de diversión, todos reían. Los niños se reunían alrededor de un pato casi desvanecido para convenir que juego seguía, a quien le tocaba que, como lo harían. Pequeños intactos de la maldad del mundo, de todos color y estaturas, jugando, aprovechando su presente ante la perspectiva de un no mañana, aunque fueran inconscientes de esto. El hombre los observaba de lejos, con una triste sonrisa, embelesado en su ignorancia y en lo poco que necesitaban para alcanzar la felicidad. Quizá este fuera el último lugar feliz de la tierra, y si así era, pensaba disfrutar cada momento de él.

-Tío, ven. -gritó la pequeña desde el círculo formado de diminutos cuerpos con las piernas cruzadas. Todos observaron expectantes como el hombre se agrandaba con cada paso, hasta terminar a su lado.

-¿Sí, señorita? -inquirió con un tono gangoso que indujo risitas burlonas en los demás chiquillos.

-Cuéntanos un cuento, por favor. -Estaba a punto de negarse, pero en coro lo presionaron para ceder, y lo hizo. Se sentó como el gran líder de los pequeños, y vio cómo se acomodaban sobre el pasto, preparados para oír quizá una insulsa historia, y listos completamente para disfrutarla.

-Listo, comencemos con el niño que era de dulce. - Escuchó su voz desenvolverse en un cuento que seguro no era ni remotamente bueno, pero disfrutó de las reacciones de los niños a cada broma, a cada voz, a cada personaje, a esas cosas tan comunes que recibían con inmensa fascinación; que poco necesitaban para ser felices. Si de él dependiera, se quedaría en ese instante para siempre, pero sintió un leve toque en su hombro, obligándolo a voltearse, encontrándose cara a cara con un avioncito de papel. Poco ortodoxo, pero recibió el mensaje y se levantó a leerlo, a pesar de las quejas de los niños. -Lo siento mucho, pequeños, pero debo irme. - Una nueva oleada de quejas y suspiros llenó el aire, pero no podía evitarlo, el hombre seguía sonriendo.

-Debe irse a salvar el mundo. - Lo excusó su sobrina, causando un revuelo de excitación. El hombre de abrigo se lo agradeció, pues creía que, si no lo dejaban ir





ellos, no podía hacerlo por sí solo. Plantó un beso en la coronilla de su sobrina, y se despidió de los demás con disculpas y promesas de volver. Se dio la vuelta para dejar salir una lagrimilla, y continuó con su camino.

¿Para qué lo querrían esta vez? Quizás hubiera un avance o algo similar, algún tipo de buena noticia, con suerte algo de esperanza. Entonces recordó donde acababa de estar, y le llegó el pensamiento de que quizá el no salvaría el mundo, de que posiblemente el no vería al futuro brillante, pero qué sentaría las bases para que los pequeños lo hicieran al crecer, que ellos llevarían a la civilización a su mayor esplendor. La idea lo hizo sonreír aún más, y continuó caminando con vehemencia, pero algo lo hizo pararse en seco. ¿Era...? Sí, un silbido. Lento y bajo era el sonido, sí, apenas perceptible, pero era tan... inusual. Creció y creció, y el hombre no pudo más que dar vueltas sobre sí mismo buscando el origen, y lo halló. Un segundo le tomó procesar el largo contenedor de metal que caía del cielo, directo a su sobrina. Tiró todo en sus manos y corrió directamente a ella, gritando que por favor corrieran lejos, hasta donde los dejaran sus piernitas, pero no lo escucharon sobre los gritos de su juego, que jugaban como si en ello se les fuera la vida, y así fue. El impactó seguro no lo sintieron, y su mundo se congeló en ese instante de alegría; seguro terminó pacíficamente para ellos.

El hombre de abrigo azul quiso morir con ellos. No estaba ni cerca de alcanzarlos cuando el impacto le llegó y lo lanzó hacia atrás. No se permitió quedar inconsciente, y gateó con sus heridas abiertas hasta los carbonizados cuerpos. Gritó su dolor mientras sostenía el irreconocible cuerpo de su sobrina, solo conocido ahora por el tono rosa de su abrigo, que el mismo había puesto en ella hacia pocas horas. Tanto esfuerzo para construir algo, tantos años y empeño, para que un maldito impotente lo derrumbe en segundos. Y lo golpeó. La realización. Era fútil. Su trabajo era fútil, y nunca tuvo ni tendría oportunidad de cambiar al mundo. Años desperdiciados que pudo pasar siendo feliz, ahora a la basura. El último lugar feliz había quedado devastado, y con él su corazón. ¿Ahora qué? El silbido volvió, multiplicado por mil. Vio docenas de bombas caer, una dirigida especialmente a él. La recibió con la cara volteada al cielo. Estaba a punto de morir, por fin, solo un momento más. De pronto sintió una manita apretándolo. Se arrepintió de quedarse y quiso huir, pero la desesperación no lo dejó moverse. El impacto duró un segundo, y en un momento, todo terminó. Ya no había nada.



UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO



Red UNITWIN, Cátedra UNESCO en Lectura y Escritura para América Latina